



Gil, Gastón Julián

Universidad, modernización cultural y "liberación nacional". El cientificismo y las ciencias sociales en la Argentina en la década de 1960



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Gil, G. J. (2010) *Universidad, modernización cultural y "liberación nacional". El cientificismo y las ciencias sociales en la Argentina en la década de 1960. Redes, 16(31), 215-247. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes*
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/407>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

UNIVERSIDAD, MODERNIZACIÓN CULTURAL Y “LIBERACIÓN NACIONAL”. EL CIENTIFICISMO Y LAS CIENCIAS SOCIALES EN LA ARGENTINA EN LA DÉCADA DE 1960

GASTÓN JULIÁN GIL*

RESUMEN

La universidad posperonista se caracterizó, entre muchos otros aspectos, por la completa institucionalización de las ciencias sociales (principalmente sociología y antropología), en un marco general del país definido por un acelerado proceso de modernización cultural, inestabilidad política y radicalización ideológica. Los débiles consensos creados después del derrocamiento de Perón en 1955 comenzaron a resquebrajarse paulatinamente y la década de 1960 encontró un campo académico fragmentado por variados enfrentamientos. Las ciencias sociales en particular se vieron atravesadas por conflictos ideológicos que tenían que ver con asuntos de la política nacional (mayormente el peronismo) e internacional (la Revolución Cubana, el imperialismo norteamericano), pero también por problemáticas más específicamente disciplinares. Así, es posible rastrear una serie de debates relacionados con aspectos tales como los marcos teóricos elegidos (como el marxismo, la corriente histórico-cultural, el estructural-funcionalismo), los mecanismos de financiamiento de la investigación científica (por ejemplo, los subsidios de las fundaciones extranjeras) o los objetivos que debe plantearse la ciencia (como la “liberación nacional”). Todas estas cuestiones están englobadas en la problemática del *cientificismo*, una categoría nativa clave para comprender las luchas del campo de las ciencias sociales en las décadas de 1960 y 1970.

PALABRAS CLAVE: CIENCIAS SOCIALES – UNIVERSIDAD – CIENTIFICISMO – ARGENTINA.

* Doctor en antropología social (UNAM). Investigador adjunto del CONICET – UNMDP. E-mail: <gasgil@mdp.edu.ar>.

La investigación en cuyo marco se gestó este artículo contó con financiamiento de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT), a través de los subsidios PICT 2006 N° 1728 (Proyecto Tipo Redes; “Antropología social e histórica del campo antropológico en la Argentina, 1940-1980”), y PICT 2007 N° 00253 (“Ciencias sociales, revolución y transformación de la sociedad. Militancia y universidad en la Argentina de los sesenta y setenta”). Agradezco además los comentarios de los evaluadores del artículo que permitieron corregir algunas imprecisiones de la primera versión.

REFLEXIONES PRELIMINARES

La brujería es ubicua. Toma parte en todas las actividades de la vida zande; en la agricultura, en la pesca y en la caza; en la vida doméstica de los caseríos así como en la vida comunitaria del distrito y de la corte; es un importante tema de la vida mental, en la que constituye el telón de fondo de un vasto panorama de oráculos y magia; su influencia aparece claramente marcada en la ley y las costumbres, la etiqueta y la religión; es prominente en la tecnología y en el lenguaje; no hay nicho ni rincón de la cultura zande en que no penetre.

E. E. EVANS-PRITCHARD, *Brujería, magia y oráculos entre los azande*

Diversas son las disciplinas que han adoptado las prácticas científicas como su objeto de estudio privilegiado. Más allá de la epistemología y las reflexiones filosóficas acerca de la cientificidad de las distintas disciplinas y teorías, la historia, la sociología o la antropología (habitualmente acompañadas por “de la ciencia”) han germinado en tradiciones teóricas y empíricas más o menos sólidas para estudiar tan importante fenómeno propio de la modernidad. En ese sentido es posible acceder a trabajos que desde variados enfoques se ocupan de cuestiones tales como la emergencia y los cambios de una matriz disciplinar en un período histórico determinado (Kuhn, 1995), las transiciones en la ciencia y el papel de las creencias (Bloor, 1976; Barnes, 1977), las determinaciones políticas de la práctica científica (Wax, 2008; Price, 2008), los avatares de la vida intelectual en un contexto nacional específico (Terán, 2004; Sigal, 1991; Suasnabar, 2004; Neiburg y Plotkin, 2004a), las políticas de investigación (Albornoz y Kreimer, 1990; Oteiza, 1992; Vessuri, 2007), las prácticas concretas de los cultores de una determinada disciplina (Guber y Visacovsky, 1999; Guber, 2008; Kreimer y otros, 2004) o la vida en un laboratorio de investigación (Latour y Woolgar, 1995; Knorr-Cetina, 2005). Este artículo trata de recuperar esos valiosos aportes, sin adscribirse necesariamente en un rótulo como antropología de la ciencia o historia intelectual, aunque reconozca la influencia directa de esas contribuciones. Desde esa perspectiva se explora la dimensión simbólica que un concepto nativo¹ clave —el *cientificismo*—

¹ Se entiende aquí como categorías nativas aquellas nociones utilizadas en un determinado espacio social (en este caso el campo intelectual argentino) por los actores para explicar y conceptualizar el mundo. Así, por ejemplo, algunos sectores del campo intelectual utilizaron categorías profanas como medio pelo o gorila como conceptos teóricos para analizar la realidad social y establecer clasificaciones analíticas. En el caso del *cientificismo*, el énfasis se coloca precisamente en el uso profano del concepto y no en su definición canónica (aunque en ocasiones puedan coincidir).

adquirió entre los científicos sociales de las décadas de 1960 y 1970, además de su importancia en las luchas en el campo de las ciencias sociales en la Argentina. Para ello se ha apelado a diversas estrategias metodológicas que van desde las entrevistas etnográficas a los actores de la época hasta el análisis de la producción bibliográfica representativa de esos años. Además, algunas de las producciones parciales escritas han estado a disposición de muchos de los nativos, con quienes se propicia una antropología *pública* (Lassiter, 2005) que explore la posibilidad de un diálogo fluido con ellos (que además son expertos) que lleve a implícitas labores de coautoría (Gil, 2010a).

La razón de que este trabajo se concentre en el concepto de *cientificismo* es su recurrencia durante los debates originados en la década de 1960 en las ciencias sociales argentinas (en especial en sociología), por lo general en el marco de las universidades nacionales. Allí el *cientificismo*² aparecía de un modo reiterado y omnipresente hasta cristalizarse sobre todo en un estigma para los científicos sociales. Esas acusaciones, en su mayoría explícitas, operaban como marcas desacreditadoras que no solo ponían en discusión la producción “científica” de los involucrados sino que además comprometían su propia moral. En efecto, el rótulo de *cientificismo* se transformó en un estigma de profundo contenido moral que daba cuenta de una condición vergonzante. La moralidad implica una reflexión acerca de lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto, y se cristaliza en las respuestas e interpretaciones que los individuos dan ante situaciones concretas de la vida cotidiana. Así, se movilizan acciones y creencias que dan cuenta de esos códigos morales, pero también de los actores que los portan y de los contextos en que se desenvuelven (Archetti, 1999). La moralidad puede ser construida de muchas formas y una de las más importantes es a través de la recursividad de los ejemplos (Humphrey, 1997). En este caso se prescriben modelos morales que son depositarios del camino a seguir, de los ideales a los que toda la comunidad debe continuar aspirando. El estigma del *cientificismo* era entonces portador de inmoralidad para quien lo cargara, rotulado en términos más vulgares como reaccionario, cómplice del imperialismo, neocolonialista, *enemigo* o incluso corrupto.

La acusación de *cientificismo* permitió además la formulación de categorías cognitivas que se vinculaban con operaciones que clasificaban, componían oposiciones y jerarquizaban (Héritier, 2002) las acciones posibles dentro del campo

² No resulta una tarea sencilla rastrear los primeros usos del concepto de *cientificismo* en la Argentina. Sin detenerse en los significados precisos del término, Graciano (2009) lo menciona reiteradamente en los cuestionamientos formulados por los grupos reformistas después de 1918 al perfil positivista de gran parte del cuerpo profesoral. Algunas décadas más tarde la dirigencia estudiantil comunista –de activa participación en la universidad posperonista a partir de 1955– utilizó de forma recurrente el término, sobre todo para oponerse a la departamentalización (tomada del modelo norteamericano) y a la concepción de la universidad exclusivamente orientada a la ciencia en perjuicio de la formación de profesionales (Califa, 2010).

de las ciencias sociales. Ese marco interpretativo dio lugar a un esquema cognitivo que atribuyó condiciones de pureza original y de compromiso transformador y liberador a cualquier investigación que se planteara en las ciencias sociales argentinas. El cientificismo se transformó entonces en un imperativo moral que instituyó las condiciones honorables de llevar adelante la investigación empírica y de ese modo se convirtió en uno de los principios organizadores del campo de las ciencias sociales en la Argentina de las décadas de 1960 y 1970. Por ello, cada suceso importante fue objeto de interpretaciones y versiones contrapuestas, tendientes a resaltar las propias virtudes y a sumir en la vergüenza y en el descrédito a quienes encarnaban otro tipo de práctica disciplinar.

Por todo lo dicho, asumiendo los riesgos que implica “la divulgación de los secretos de la tribu” (Bourdieu, 2008: 16), lo que ya ha sido analizado en otros trabajos (Gil, 2008; 2010a), se pretende dar cuenta de algunos de los procesos que en la década de 1960 se mezclaron con aspectos tales como el prestigio (como intelectuales, como científicos) y los criterios de clasificación, pertenencia, legitimación y jerarquización en el campo académico. Ello obliga entonces a una “objetivación de lo no objetivado” (Bourdieu, 2008: 21) en un campo disciplinar no precisamente muy tolerante a esas operaciones cuando no se aplican a sus naturalizados objetos de estudio (los pobres, los campesinos, los pueblos originarios, etc.). Por eso, “en un universo que depende en su realidad misma, como lo hace el campo universitario, de la representación que de él se hacen los agentes, estos pueden sacar partido de la pluralidad de los principios de jerarquización y del débil grado de objetivación del capital simbólico, su posición en el espacio al modificar la representación que los otros (y ellos mismos) pueden tener de esa posición” (*ibid.*: 26). Lo anterior equivale a decir que se trata de dar cuenta del “conjunto finito y completo de las propiedades que funcionan como poderes eficientes en la lucha por los poderes” (*ibid.*: 30) en el campo académico en un contexto histórico específico, en el cual la cientificidad y sus diferentes modos de entenderla constituyeron un asunto nodal en las disputas.

EL CIENTIFICISMO COMO PROBLEMA Y LOS INTELLECTUALES EN LA ARGENTINA

Un referente insoslayable de la teoría social en general y de la sociología de la ciencia en particular es Robert K. Merton, quien postuló un *ethos* científico caracterizado por “la exigencia funcionalmente necesaria de que las teorías o generalizaciones sean valoradas en relación con su congruencia lógica y su consonancia con los hechos” (2002: 627). Por eso colocaba a la ciencia en el marco de una estructura social mucho más grande que de ningún modo está unificada. Merton planteaba una contradicción intrínseca entre ese *ethos* científico y los estados totalitarios, cuya

centralización del control institucional es la principal fuente de oposición a la ciencia; en otras estructuras, es de mayor importancia la ampliación de la investigación científica. La dictadura organiza, centraliza y, en consecuencia, intensifica fuentes de rebelión contra la ciencia que en una estructura liberal están desorganizadas, difusas y con frecuencia latentes (*ibid.*: 634).

De ese modo, sostenía que “el movimiento anticientífico nace del conflicto entre el *ethos* de la ciencia y el de otras instituciones sociales” (*ibid.*: 635), pero que en definitiva obliga a la ciencia a examinar sus fundamentos de un modo racional cuando las “murallas” de la “torre de marfil” son “asaltadas” (*ibid.*). En la misma sintonía, Merton consideraba que “el hombre de ciencia está sujeto a los imperativos antagónicos del universalismo científico y del particularismo etnocéntrico” (*ibid.*: 639). Estamos en presencia de varios de los postulados más relevantes de lo que en América Latina se nominaría como científicismo.

En la Argentina, como señala Sarlo, se entendieron tempranamente como científicismo aquellas “posiciones que cortaban los nexos entre políticas científicas y política reivindicando la autonomía de la investigación” (2001: 71) y que también enfatizaban la importancia de separar las tareas de investigación de la injerencia directa de los gobiernos, a los que se asignaba la indelegable misión de financiarlas. En ese marco, la misma autora considera que Bernardo Houssay fue “el primer ‘científicista’” (*ibid.*: 71), puesto que además “estaba convencido de que la investigación científica debía articularse con la docencia universitaria y esa fue la práctica que ya había establecido en su cátedra de la Facultad de Medicina de la UBA [Universidad de Buenos Aires], antes de ser expulsado durante el primer gobierno de Perón” (*ibid.*: 71). En efecto, Houssay planteó expresamente el vínculo entre investigación científica y recursos públicos por un lado, e investigación y docencia por el otro, con lo que sentó parte de los fundamentos para la creación en 1958 del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), organismo concebido para la organización sistemática de la investigación científica en el país. Ello incluyó, además, la estabilización de estándares de calidad, la evaluación entre pares de la producción académica y la asignación de recursos para investigar. De ese modo, “la creación del CONICET significa la implantación de normas de legitimidad interiores al campo científico, lo cual equivale a la consolidación relativamente independiente de los gobiernos –por lo menos, tal es su funcionamiento ideal, aunque los golpes de estado sucesivos operaron en el CONICET sin ningún tipo de límites–” (*ibid.*: 71).

Según Mantegari (1994), las críticas al científicismo comenzaron a germinar en 1959 a partir de los planteos estudiantiles que se profundizaron un par de años más tarde en el contexto de una radicalización política generalizada, en todos los campos de conocimiento. De hecho, fue en las ciencias exactas y

naturales en donde estos cuestionamientos parecen haber encontrado la primera formulación más o menos sistemática con la figura de Oscar Varsavsky. En correspondencia, el cientificismo se fue configurando como una categoría nativa clave en el campo de las ciencias sociales. Esa definición profana ligaba el concepto –en principio– a actitudes *elitistas* del cuerpo docente, a la adhesión a las agendas internacionales de investigación y al financiamiento proveniente del exterior. La evolución de este concepto se fue dando en un marco particular del campo intelectual y más precisamente de las universidades argentinas. Primaba entonces una cierta euforia modernizadora que confiaba en la capacidad de la universidad de ofrecer herramientas para la construcción de una sociedad mejor. Así, fue bajo la hegemonía del *reformismo*³ entre fines de la década de 1950 y principios de la de 1960 que la figura del intelectual humanista que intervenía en política quedó legitimada. Esta solidificación de los vínculos entre *la cultura* y la política fue acompañada además por el desarrollo de las ciencias sociales y la cristalización de un nuevo actor en el campo intelectual, el *especialista*, decidido a ocupar espacios de intervención y planificación en la estructura del Estado. Pero a mediados de la década de 1960 se perfilaría como dominante en el campo de las ciencias sociales la concepción del *intelectual comprometido*, que entendía su disciplina como una forma de transformar la sociedad. Esa convicción creciente entre los sectores intelectuales de transformar la sociedad por vía revolucionaria implicaba la definición del propio espacio universitario como una institución burguesa que debía ser recreada para que “puesta al servicio de esta transformación exprese su compromiso ‘militante’ con los intereses ‘nacionales y populares’” (Suasnábar, 2004: 82). De algún modo,

el clima de relación directa con la práctica política penetraba de manera fuerte en el conjunto de lo que podría denominarse el espacio progresista de las ciencias sociales, que por otro lado era el de mayor peso y relevancia y convertía a los sociólogos con más significación cultural en intelectuales implicados políticamente. Por ello, en ese corto período, los elementos que indican la centralidad cultural deben buscarse en el lugar simbólicamente prestigioso que de hecho esa

³ El reformismo reivindicaba los ideales que guiaron la Reforma Universitaria de 1918 iniciada en Córdoba, que abrazó los principios democráticos a partir del cogobierno (profesores, graduados y estudiantes), la oposición a la injerencia religiosa en la universidad y una serie de consignas políticas favorables al cambio social progresivo que no excluía la vía revolucionaria. En el *Manifiesto Liminar* de la Reforma de 1918 se planteó expresamente la necesidad de “realizar una revolución en las conciencias”, ya que “no podemos dejar librada nuestra suerte a la tiranía de una secta religiosa, ni al juego de intereses egoístas”. Como señala Funes, “el documento sintetizó un conjunto de tópicos que estaban en el ambiente y contribuyó a dar forma a un sujeto sociopolítico, la ‘juventud’” (2006: 46).

comunidad otorgaba a la cercanía con un proyecto revolucionario decidido a la acción, independientemente de la forma política que este adquiriese (Rubinich, 2003: 276-277).

El Departamento de Sociología de la UBA fue uno de los ejes y escenarios privilegiados de los debates intelectuales de la época, en especial de los ligados a las posiciones desarrollistas y las concepciones sobre la ciencia, entre ellas las referidas al financiamiento del exterior. Así fue que tras la creación de la carrera de Sociología en 1958 en la Facultad de Filosofía y Letras y de un proceso de franca expansión en los primeros años de un proyecto académico concebido según los estándares internacionales los consensos originales se irían quebrando y afloraría una serie de cuestionamientos de índole política y académica. La figura de Gino Germani, referente indiscutido de la *sociología científica* (Neiburg, 1998; Blanco, 2006a; 2006b) y fundador de la carrera de sociología de la UBA, comenzaría a experimentar firmes oposiciones que desgastarían su proyecto original hasta que abandonara la Argentina en 1965 para aceptar un cargo de profesor en la Universidad de Harvard. En aquel cuadro situacional las ciencias sociales que lograron la institucionalización definitiva en la universidad posperonista serían cuestionadas —como la universidad toda— severamente por su carácter burgués y su escaso *compromiso* con los intereses *nacionales y populares* y, por ende, la *liberación nacional*.

En ese proceso de radicalización política la relectura del peronismo fue una de las más poderosas divisorias de aguas, como también lo sería la Revolución Cubana. En el caso de la sociología, Germani adhería en líneas generales al estructural-funcionalismo norteamericano pero evidenciaba una mayor amplitud teórica, en una trayectoria académica caracterizada por estudios que ponían un énfasis notorio en los aspectos sociohistóricos de las sociedades latinoamericanas y las dinámicas psicosociales en los procesos de cambio (Suasnábar, 2004; Blanco, 2006a). Eso permitió una “fuerte coincidencia con el desarrollismo cepaliano y por ello no es extraño que muchos fundadores y primeros alumnos de la carrera de sociología sean en los años posteriores intelectuales de ese organismo” (Suasnábar, 2004: 37). En ese contexto, como demuestra Noé, las críticas políticas y académicas formuladas a Germani, sobre todo por el claustro estudiantil, fueron rompiendo las alianzas originales del proyecto institucional, lo que desató “una *‘guerra de todos contra todos’*” (2005: 171). Precisamente uno de los puntos salientes de los cuestionamientos estudiantiles y de algunos profesores giraba en torno a la aceptación de subsidios de fundaciones extranjeras.⁴ Esos aportes

⁴ Según Noé, los conflictos suscitados en el seno del partido socialista resultaron relevantes en las confrontaciones internas de la política universitaria en general y del Departamento de Sociología en particular. Los principales puntos de desacuerdo se configuraron en torno a la interpretación del peronismo y la Revolución Cubana, dos focos de conflicto y división en la

habían sido utilizados para gastos de infraestructura del departamento y en becas de formación en el exterior (especialmente en los Estados Unidos y Francia) de parte del cuerpo de profesores. Germani alentó al grupo de primeros profesionales de los que se rodeó para fundar la carrera a perfeccionarse fuera del país. Sumado a la llegada habitual de académicos extranjeros y al aporte de las fundaciones filantrópicas, en el imaginario crítico de la militancia estudiantil varios de sus profesores comenzaron a ser ubicados como eslabones del imperialismo norteamericano, como *cientificistas*, enemigos y cómplices de la dependencia económica y cultural. Juan Carlos Marín especificó en una conferencia por los 50 años de creación de la carrera de Sociología que el cuestionamiento de:

la Sociología que se instaló a fines de la década del '50 ha sido muy confundida y atacada por una especie de cientificismo cuantitativo, cuando en realidad la empresa que intentaban realizar, que realizaba en gran medida el primer destacamento, era una empresa consustanciada por desentrañar el orden cultural que había creado con esa capacidad de originalidad al fascismo y al nazismo, esta era una demanda sustantiva que corta transversalmente a la cultura en todo el mundo.⁵

Por ello no resulta extraño que la cátedra de Metodología, a cargo de Regina Gibaja, haya sufrido la primera huelga de estudiantes, bajo el eslogan: “contra el empirismo abstracto” (Germani, 2004). En el caso concreto de la carrera de sociología, la segunda camada de estudiantes “manifestará algunas dificultades para comprender cómo intelectuales provenientes de orientaciones más bien ‘críticas’ respecto del paradigma sociológico norteamericano (por ejemplo Horowitz o Cicourel) podían ser invitados por Germani, quien representaba para ellos todo lo opuesto: no existía valoración alguna de ese tipo de pluralismo” (*ibid.*: 187). Esos cuestionamientos de los sectores estudiantiles fueron definidos en una entrevista por un importante actor de la época en el Departamento de Sociología de la UBA como “lumpenización del estudiantado” y ocasionaron que la élite reformista experimentara esa postura “como resistencia a la modernización o, acaso también, como rechazo a un trabajo intelectual más intenso” (Sigal, 1991: 97). En una carta enviada a Kalman Silvert⁶ Gino Germani se quejaba

intelectualidad argentina de la época, que en el caso de sociología generó una “espiral de sucesivas fragmentaciones” (2005: 174).

⁵ Desgrabación proporcionada por el mismo Juan Carlos Marín, integrante del grupo fundador de la carrera de Sociología.

⁶ El politólogo norteamericano Kalman Silvert (1921-1976) se especializó en América Latina e interactuó con frecuencia en las ciencias sociales argentinas en la década de 1960, en gran parte por su posición clave en la Facultad de Filosofía, a la que siempre estuvo ligado. Fue profesor en la Universidad de Buenos Aires (además de en varias universidades norteamericanas y también en Chile y en Guatemala) y habitualmente es señalado en las crónicas de la época, algunas de ellas

amargamente de un clima “irrespirable” en el que los jóvenes sociólogos se dedicaron a “destrozarse unos a otros” (Germani, 2004: 233).

Los cuestionamientos de ese tipo llegaron a su formulación más sistemática en la década de 1970 con la *sociología nacional*. En rechazo al cientificismo con el que se caracterizaba la *sociología científica* dominante de la época jóvenes sociólogos, principalmente formados en la UBA, rechazaron las formas convencionales de entender la práctica científica adhiriéndole una connotación altamente peyorativa. Al repudio al panteón de los próceres de la historia oficial argentina se sumaba el rechazo tajante de las más importantes corrientes sociológicas (en especial del estructural-funcionalismo). Esta sociología nacional se plasmó en gran parte en el fenómeno de las *cátedras nacionales*,⁷ protagonizadas por jóvenes sociólogos, en su mayoría adherentes al peronismo y a ciertas vertientes del catolicismo, que fueron designados directamente por el rectorado de la intervenida UBA tras el golpe militar de 1966 y se propusieron “crear nuevos enunciados y categorías teóricas que permitiesen generar propuestas no solo para comprender sino, sobre todo, para transformar la realidad nacional” (Buchbinder, 2005: 197). En ese sentido, en el país las ciencias sociales experimentaron con mayor vigor una influencia directa de esos procesos políticos en el marco de los que comenzó a concebirse a la universidad –y por ende a todas las disciplinas– como un instrumento más para lograr la ansiada “liberación nacional” (Pucciarelli, 1999; Barletta y Lenci, 2001; Barletta y Tortti, 2002). Precisamente, gran parte de las críticas llevadas adelante por aquella sociología nacional giraban en torno a la utilización de la ciencia, sus objetivos ocultos y el destino de los resultados.

El peronismo en el gobierno (1946-1955) había cosechado una amplia oposición del campo intelectual, tanto por las políticas de cesantías en las universidades como por las fuertes improntas del integrismo católico. La figura del profesor *flor de ceibo*⁸ que reemplazó a los cesanteados durante el peronismo y la antinomia

autobiográficas, como un actor activo en los debates sociológicos en América Latina desde posiciones desarrollistas. Incluso se suele señalar que siempre constituyó una importantísima influencia intelectual sobre Gino Germani.

⁷ El surgimiento de las cátedras nacionales no puede desligarse bajo ningún concepto de la formación de las organizaciones político-militares que adquirieron un notable protagonismo hacia la década de 1970. Aunque no forman parte de los mismos movimientos, sus lógicas de constitución y el destino de sus militancias se entrecruzaron de tal manera que luego adquirieron un carácter casi simbiótico. Aun cuando esas cátedras nacionales dejaron de ser exactamente lo que fueron en su origen, sus integrantes continuaron con los mismos lineamientos en sus cátedras a la vez que su compromiso militante se hizo pleno. Aunque sus principales referentes no actuaron necesariamente en el marco de lo que se ha llamado Resistencia Peronista, tarde o temprano, al igual que la mayoría de las organizaciones político-militares, terminaron abrazando el peronismo como su identidad política y subsumiendo sus objetivos a los de las organizaciones político-militares que integraban.

⁸ Así se denominó peyorativamente a los docentes que –según los críticos de la política oficial– poseían sus cargos por su afinidad con el régimen.

alpargatas sí libros no,⁹ junto con los cuestionamientos a una política educativa y cultural que no parecía ofrecer lineamientos claros y definidos, reunieron a un importante sector de los intelectuales y de los estudiantes universitarios en la heterogénea y posteriormente inestable coalición que protagonizó el derrocamiento de Perón en 1955. Terán señala que durante el peronismo el gobierno “se preocupó por expulsar toda voz disidente, por lo que contaminó la cuestión cultural con una cuestión policial” (Terán, 2004: 64). Ello redundó, según el mismo autor, en que “los resultados sobre la cultura universitaria fueron entonces claramente negativos” (*ibid.*: 65). Sin embargo después, en el contexto del líder derrocado en el exilio, los sectores medios y juveniles protagonizaron una “vertiginosa relectura del peronismo” (*ibid.*: 70), en medio de una marcada inestabilidad política producida por la “disyunción” entre la sociedad y el funcionamiento de la política real generada por la exclusión (electoral y legal) del peronismo, que derivó en una fórmula “política dual” (Cavarozzi, 2006). Después de 1955 el Poder Ejecutivo Nacional estuvo ocupado por militares o por gobiernos civiles que llegaron al poder mediante elecciones en las que el peronismo se encontraba proscrito, sin llegar jamás (tanto Frondizi como Illia) a construir una base de legitimidad que contrapesara la amenaza omnipresente de un nuevo golpe militar. En ese marco, un sector importante de la intelectualidad argentina comenzó a modificar sus interpretaciones del gobierno peronista, antes caracterizado por amplias franjas opositoras como una variante sudamericana del fascismo. Esa relectura del peronismo, en la que se destacó su impronta popular y nacionalista, fue alentada desde el mismo campo intelectual por autores como Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos o Rodolfo Puiggrós, además de la recuperación de los aportes del revisionismo histórico. Como destaca Sarlo:

En historia, la interpretación de Jorge Abelardo Ramos y las tesis marxistas-nacionalistas sobre la evolución cultural argentina de Juan José Hernández Arregui harán furor, siguiendo líneas abiertas, décadas atrás, por el revisionismo. A mediados de los años sesenta se podía pasar, sin demasiadas aduanas ideológicas, de José María Rosa a Rodolfo Puiggrós, que se consideran mutuamente miembros de un pensamiento nacional enemigo del liberalismo y del cientificismo norteamericano de la sociología académica (2001: 89-90).

⁹ Esta frase tomó estado público durante 1945 y nunca dejó de ser identificada como la expresión de una política cultural implícita del peronismo, que condensó esquemáticamente la antinomia que definiría la vida política posterior de la Argentina: peronismo/antiperonismo. Los libros se asociaron entonces con la alta cultura aristocrática y excluyente, frente a los ideales de justicia social de la clase trabajadora. Esa antinomia revitalizó un clásico enfrentamiento de la historia argentina: civilización-barbarie. Con posterioridad, esa dicotomía sería tratada aun con mayor énfasis por los autores revisionistas y los pensadores nacionales, varios de los cuales son mencionados en este artículo.

Así, obras como *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, de Puiggrós, contribuyeron enormemente a esta relectura del peronismo en la que se culpaba a la izquierda “por haber coincidido ‘con la oligarquía y el imperialismo en la lucha contra un gobierno democrático y progresista que contaba con el apoyo de las amplias masas populares’” (Terán, 2004: 73). Este nuevo panorama revivió “el menú de temas del banquete de los intelectuales” (Funes, 2006: 17) que se había cristalizado en la década de 1920. De ese modo, “ingredientes” (*ibid.*) tales como revolución, socialismo, antiimperialismo, corporativismo y democracia fueron recuperados en otro contexto histórico que los dotó de significados novedosos y búsquedas –como el triunfo revolucionario– que parecían más cercanas en el devenir del desarrollo histórico.¹⁰ Como consecuencia, “intelectual e intelectual comprometido comienzan a acercarse hasta llegar a ser sinónimos. De esta superposición semántica se alimenta también la idea de que ‘intelectual’ quiere decir siempre ‘intelectual de izquierda’, difundida con la espontaneidad que tiene el sentido común” (Sarlo, 2001: 102). Por lo tanto aquella “presunta ‘ceguera del 45’” (Terán, 2004: 73) consolidó un imaginario (explícitamente elaborado por autores como Jauretche)¹¹ que colocaba históricamente a los intelectuales en oposición al pueblo y al *verdadero* país. Además, la Revolución Cubana, “una revolución nacida sin teoría, y por ende que mostraba no necesitarla para su éxito, prontamente reactivó viejos resortes antiintelectualistas, desplazando el eje de las prácticas intelectuales hacia las especificaciones políticas” (Terán, 2006: 82).

LA SOCIOLOGÍA NACIONAL CONTRA EL CIENTIFICISMO

En la década de 1960 se fue configurando entonces, en oposición cada vez más directa al cientificismo, la noción de *compromiso*.¹² Esa idea de compromiso,

¹⁰ En el caso del campo literario, Mudrovic (1997) se ha ocupado de la labor de la CIA y la Fundación Ford en el financiamiento de la publicación *Nuevo Mundo*, dirigida por Emir Rodríguez Monegal cuando se editaba en París y por Horacio Daniel Rodríguez cuando comenzó a editarse en la Argentina en 1968. La autora señala que la intención de esa publicación era neutralizar el pensamiento de izquierda en el ámbito literario y promover el apoliticismo de los intelectuales en su rol de *expertos*. Como contrapartida *Casa de las Américas*, editada en Cuba, postulaba la idea del *intelectual orgánico* desde una perspectiva crítica, de denuncia e impugnación del orden social capitalista.

¹¹ La famosa paráfrasis de Gandhi que refería al “duro corazón de los hombres cultos” resume en gran medida el punto central de estas interpretaciones de la realidad nacional.

¹² Por ejemplo, en el campo intelectual, tras la concepción previa de producir un arte *comprometido* por parte de “*revolucionarios de tinta*” (Gilman, 1999) se reclamaba que el mismo artista se involucrara como persona en el camino revolucionario. Fue cobrando cuerpo entonces una postura autodenigratoria de los intelectuales, cada vez más propensos a homenajear a los guerrilleros caídos en batalla y en la que la definición aceptada de hacer política se asociaba con la revolución, “‘el hecho cultural por excelencia’, como lo determinó la resolución general del Congreso Cultural de La Habana” (*ibid.*: 82).

anclada en la concepción sartreana, comenzó a ligarse cada vez más con los proyectos revolucionarios a los que muchos de sus componentes adherían en ciertos casos de forma explícita, en un contexto en el que “la revolución fue para muchos ciudadanos y dirigentes una declaración de principios” (Ollier, 2005: 10). Más allá de estos debates de carácter público en los que se configuraron ciertas nociones más o menos sistemáticas acerca del significado de la acusación de cientificista, en distintos marcos institucionales se dieron apropiaciones un tanto diferenciales –aunque dentro de marcos compartidos– sobre la carga estigmatizante de ser acusado de cientificismo. Por ejemplo, en la etnografía realizada sobre la carrera de antropología de la Universidad Provincial de Mar del Plata (1969-1977) se pudo detectar un uso nativo del término que excedía los planteos más específicos de los principales referentes de los debates relevados (Gil, 2006; 2009 y 2010b). Aunque quienes lideraron la carrera de antropología apelaban de manera sistemática a la noción de *compromiso* y proponían un estilo antropológico caracterizado por utilizar la disciplina como una vía transformadora de la sociedad, también con carácter revolucionario, no por ello pudieron eludir la acusación de cientificismo. Independientemente de estos preceptos, aquella carrera de antropología ponía especial énfasis en la enseñanza de las principales tradiciones disciplinares, aunque las abordaba desde una perspectiva crítica, tomando elementos del marxismo y de los cuestionamientos al colonialismo. Paulino, un alumno de sociología de aquel momento, recuerda que “para nosotros la manera en que enseñaban antropología era sinónimo de diletantismo, que era más o menos lo mismo que cientificismo, porque no se ocupaba de las urgencias del momento. Era como estudiar física cuántica, no servía para la revolución y lindaba con ser el *enemigo*”. En el marco de esa posición de escasa tolerancia para concepciones disciplinares diferentes, Paulino destaca que aquello que no tuviera que ver con la revolución “no tenía sentido. La ciencia era una actividad lejana, casi mala palabra, como una especie de opio de los pueblos”. En cambio, otra de las carreras dictadas en la misma Facultad de Humanidades, Sociología, postulaba un perfil de formación en la que dominaba ese pensamiento nacional que cobró forma concreta en la experiencia de las cátedras nacionales, opuestas tajantemente al cientificismo.

Uno de los casos más extremos de estas posiciones contrarias al cientificismo era el de Roberto Carri, sociólogo graduado en la Universidad de Buenos Aires. La ciencia social comprometida, revolucionaria, se colocaba del lado de un pensamiento nacional como opuesto a una sociología antinacional. Al postular el imperativo para el científico de preocuparse por los problemas de la sociedad en la que está inserto, Carri se volcaba por un método “histórico global”. A partir de un enfoque que estaba en consonancia con los argumentos de la historia revisionista, contraponía dos políticas, una nacional y otra antinacional, una de ellas favorable a un desarrollo productivo autóctono y otra a la expansión del imperia-

lismo y la dependencia. Carri colocaba la sociología científica dominante como una mera reproductora de ese patrón de pensamiento y posicionamiento ideológico, porque preserva el sistema y no lo transforma. Carri se refería entonces a un “falso rigor cientificista” que trata de contener la inevitable lucha “contra la dominación extranjera y oligárquica, el fundamento de una sociedad nueva” (1970: 148). Por ello, entendía que la historia nacional debe definir la tarea de la ciencia social que, en la búsqueda de la *conciencia nacional*,¹³ se enfrenta al imperialismo para concebir las herramientas destinadas a la construcción de una sociedad nueva, que así vincula con el conocimiento colectivo de los pueblos. Puede apreciarse que aparece con frecuencia la antinomia del pensamiento social argentino versus el pensamiento imperialista. Este último se distingue por un elevado carácter ideológico que se oculta en el poder imperial que construye un sistema científico y que despoja al pueblo de su verdadero poder. Por lo tanto, los protagonistas de aquella historia nacional eran las fuerzas sociales que sistemáticamente defendían la autonomía nacional, las masas populares y las economías del interior, todo para construir una Argentina “unida y soberana” (*ibid.*: 151).

En la segunda mitad de la década de 1960, en sus intervenciones en revistas paradigmáticas de la época como *Antropología del Tercer Mundo (ATM)*, Carri solía abordar estos tópicos, en los cuales la problemática del *cientificismo* era dominante. En el primer número de *ATM* (noviembre de 1968) este autor ligó directamente el *cientificismo* con la ideología desarrollista, a la que calificaba de variante local y sociológica del neoimperialismo, por estar “siempre ligada estrechamente a un orden estatal, sin Estado no hay sociología. O en otras palabras, suprimida la exterioridad del Estado, la sociología pierde su razón de ser, en un Estado consciente de sí —que es un Estado que ya ha dejado de serlo— la sociología es pura política” (Carri, 1968: 1). Carri cuestionaba entonces el formalismo en las ciencias sociales, al que definía como “empirismo acrítico” (*ibid.*: 2), por no ser más que

un conocimiento del mundo ya dado, por un individuo impotente frente a la materialidad “confusa”, exterior y coactiva que limita las *posibilidades prácticas* del conocer. Hacer conocimiento o hacer ciencia en estos términos *no es práctica*. La *práctica* expresa la capacidad social de producir realidades conociendo a la vez la legalidad de las mismas (*ibid.*: 2).

Al invalidar las supuestas separaciones entre conocimiento y práctica y entre ciencia y sociedad, Carri cargaba contra la práctica convencional del científico:

¹³ La obra de Juan José Hernández Arregui es una referencia impostergable de ese pensamiento nacional en ciernes. Para este autor, el peronismo con su base proletaria y provinciana era una de las fuerzas que representaban lo nacional, como continuidad de las montoneras y los caudillos federales.

porque se vive a sí mismo como científico individual o a lo sumo integrado a la comunidad de científicos. Por lo tanto, su vinculación con la exterioridad se produce a través de la elaboración de recetas técnicas para que la sociedad o sus líderes no actúen. No hay integración del conocimiento con la praxis, por tanto no hay conocimiento real. O mejor dicho, hay conocimiento burgués (*ibid.*: 2).

Del mismo modo, afirmaba que las ideas modernizantes implicaban un concepto de desarrollo que “no es transformación revolucionaria del orden vigente” (*ibid.*: 2), por lo que proponía “la revalorización crítica de la cultura popular, producida incesantemente por los pueblos, revalorización colectiva que actúa como motor, aspecto dinámico, del proceso de transformación revolucionaria” (*ibid.*: 4). Y en ese marco, “la facticidad es un fetiche que domina el pensamiento científico, determinando su evolución” (*ibid.*: 5), lo que concluye en que “la ciencia pasa a ser un oficio burocrático ligado a la administración” (*ibid.*: 5). El resultado final redundaba en que “el científico es el gerente del conocimiento en la sociedad imperialista” (*ibid.*: 5).

Otros autores, como Gonzalo Cárdenas, no dudaban en calificar la sociología científica practicada en el país como “profundamente reaccionaria” por intentar “congelar la historia política argentina” (1970, pp. 125-126) y así retrasar cualquier posibilidad de cambio del sistema. Además:

su científicidad no es ciencia, sino científicismo, y más aún, un científicismo chauvinista, pretendidamente universal, pero que no es más que la versión de una sociología nacionalista euro-norteamericana,¹⁴ que es nacionalista (defensora) en lo que respecta a las áreas del centro del mundo, o sea del neoimperialismo contra el cual batallan los pueblos en tránsito hacia la descolonización (*ibid.*: 126).

Por ende, consideraba a la sociología científica que utiliza las teorías extranjeras como el estructural-funcionalismo, como un “planteo teórico caduco” (*ibid.*: 126), además de “último intento del neocolonialismo para evitar la revolución” (*ibid.*: 126). Ese profundo contenido reaccionario de “la ciencia social del neocolonialismo” (*ibid.*: 127) solo se sostiene en “recetas neo-liberales” (*ibid.*: 128) que ni siquiera tienen la capacidad de retrasar las luchas populares con contenidos

¹⁴ En los Estados Unidos también se escuchaban voces críticas para describir el campo de la sociología académica. Rubinich (2003) transcribe una intervención del sociólogo Martin Nikolaus durante la convención anual de la Asociación Sociológica Norteamericana (ASA), en la que describió en duros términos al “sociólogo laureado, el de alto estatus, el de abultado contrato... el que publica un libro por año... no es ni más ni menos que un sirviente doméstico en la institución corporativa, un blanco tío Tom intelectual no solo para su propio gobierno y clase gobernante, sino para cualquiera de los existentes” (*ibid.*: 271).

revolucionarios y que confían en que pueden ocultar el conflicto en nombre del consenso y el consumo. En el mismo artículo Cárdenas también cuestionaba severamente a quienes utilizaban el marxismo como herramienta teórica y recibían dinero de la Fundación Ford porque eran incapaces de captar “la contradicción fundamental y en la etapa del neocolonialismo manejan categorías y conceptos del marxismo adecuados a la etapa del capitalismo de libre competencia. Pero lo hacen con lenguaje funcionalista y, hoy en gran medida, estructuralista” (*ibid.*: 137). En líneas generales estimaba que en la Argentina la sociología científica, devenida en ideología, no era capaz de captar los nuevos movimientos insurreccionales, estudiarlos, comprenderlos y sumarse a la lucha revolucionaria, encarnada en los “movimientos nacionalistas de masas”.

En *ATM* muchos otros autores, sobre todo en los primeros números, se detuvieron en las críticas al cientificismo y se refirieron muy especialmente y de modo reiterado al concepto de *cuña neocolonial*. Varios de ellos, adscriptos a la sociología, a la antropología o a la filosofía, reiteraban esa concepción en la cual la ciencia occidental era percibida como uno de los agentes más relevantes y eficaces de esa cuña neocolonial. Desde el segundo número de *ATM* su director, Guillermo Gutiérrez (graduado en la carrera de ciencias antropológicas de la UBA), se refirió explícitamente a la cuña neocolonial como “un aspecto de la penetración imperialista” que se produce en el ámbito de la cultura en países que, aunque “formalmente independientes”, son víctimas de la “dependencia cultural”. Por ello Gutiérrez planteaba en las páginas que inauguraban una revista que marcaría su época (Barletta y Lenci, 2001; Barletta, 2001) una lucha franca contra “la ciencia y la cultura de la dependencia” (Gutiérrez, 1969) que terminara con “la castración intelectual y la negativa de la imaginación” (*ibid.*: 7), todo eso dentro de “la necesidad de crear una cultura al servicio de la liberación” (*ibid.*: 6).

Otro autor que dejó su impronta en la época y colaboró con *ATM* fue el filósofo Conrado Eggers Lan¹⁵ que, aunque especialista en filosofía antigua, se interesó activamente en temas sociológicos y de filosofía de la ciencia. Además de abogar por escoger y emplear medios que provocaran un cambio a través de una lucha,

¹⁵ Conrado Eggers Lans (1927-1996), filósofo especialista en Platón, fue un activo participante en los debates vinculados con la utilización de la ciencia y el pensamiento nacional, además de adherente a las vertientes cristianas del peronismo radicalizado de la época. Alcanzó notoriedad en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en la última parte de la década de 1960, cuando introdujo pensadores contemporáneos como Herbert Marcuse o Louis Althusser. Su afinidad con las cátedras nacionales y varios de sus principales referentes permite entender su nombramiento como director de la carrera de filosofía en la UBA en los tiempos de la *universidad nacional y popular* durante la “primavera camporista”, bajo el decanato de Justino O’Farrell y el rectorado de Rodolfo Puiggrós. Entre sus principales obras filosófico-políticas se destacan *Cristianismo, marxismo y revolución social* (1964), *Violencia y estructuras* (1971), *Izquierda, peronismo y socialismo nacional* (1972) y *Peronismo y liberación nacional* (1973).

postulaba que tanto en la acción política concreta como en la teoría “debe haber *pensamiento y proyecto nacional* y asimismo, tanto en un campo como en el otro –incluso separándolos, aunque en este segundo aspecto es más difícil desconectarlos entre sí, según veremos– hay *praxis* y hay *militancia*” (*ibid.*: 9). En cuanto al cambio revolucionario y la implementación de una serie de medidas de liberación, entendía que “para que la posibilidad de su realización sea concebida seriamente debe ser objeto de examen científico: no solo la sociología, sino también la economía, la historia, las ciencias sociales en una palabra, han de coadyuvar a la formulación precisa y concreta de aquellos objetivos” (*ibid.*: 9). Del mismo modo, Eggers Lan le asignaba una “singular importancia ideológica para el Tercer Mundo” (*ibid.*: 16) al estudio de las metodologías como una manera de rechazar la “europeizante pretensión” (*ibid.*: 16) de conseguir “metas definitivamente alienantes” (*ibid.*: 17) delineadas por principios como la “neutralidad ideológica” (*ibid.*: 17).

Aunque el estructural-funcionalismo constituía el principal blanco de los ataques contra el cientificismo, no alcanzó a monopolizarlos por completo. El estructuralismo francés también fue un abonado a los cuestionamientos, aunque bastante menos frecuentado. Habitualmente desdeñada por el escaso interés por la historia y las situaciones de desigualdad imputado a su autor, la obra de Lévi-Strauss en antropología fue colocada también con bastante frecuencia del lado del *enemigo*. En *ATM* fue la filósofa Amelia Podetti¹⁶ la que asumió el compromiso de cargar contra el estructuralismo antropológico, al que calificaba como una de las variantes del “cientificismo contemporáneo” (1969: 37). Podetti afirmaba que “si la concepción histórica de la racionalidad, del hombre, de la sociedad es un hecho etnográfico no universalizable, también lo es la concepción lógico-analítica de la razón, del hombre, de la sociedad: y con mayor razón pues su localización histórica es mucho más reciente” (*ibid.*: 37). Por ello aseguraba que “el mismo L. S. reconoce que la ‘ciencia’ (entendida conforme a la ideología cientificista que señalamos) es un producto de la sociedad occidental...” (*ibid.*: 37). Al desdeñar la propuesta de neutralidad valorativa que le adjudicaba a Lévi-Strauss lanzaba una condena a la disciplina antropológica por su complicidad con la “explotación colonial” y por el “desprecio” y “excreción” hacia los pueblos no occidentales. Posteriormente, condenaba que:

durante los siglos 16 y 17 los estudios etnográficos parecen no hacer otra cosa que describir la monstruosidad, las anomalías, las deformidades, en una palabra, la

¹⁶ Amelia Podetti (1928-1979) se graduó en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1956 y realizó estudios de posgrado en París en los primeros años de la década de 1960. Enseñó en la UBA, en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad del Salvador. Propició la formación de grupos de investigación sobre Historia de la Filosofía Moderna y el Pensamiento Argentino y participó activamente en los debates de las cátedras nacionales.

irracionalidad de los salvajes. Y la discusión etnológica parece versar sobre un solo tema: qué grado de humanidad se les puede acordar a estas extrañas criaturas si es que tienen alguno (*ibid.*: 38).

Fluctuando entre una condena global a la disciplina a partir de autores particulares (por ejemplo Lévy-Bruhl) y los cuestionamientos a la obra levistraussiana Podetti construía una historia de la antropología en la que la complicidad con las estructuras de dominación (como el imperialismo) era una constante. Por ello, sostenía que:

L. S. pasa por alto el hecho de que la etnología es el producto de una determinada sociedad, que le impone necesariamente su sistema de categorías, esto es, sus modos de recortar, de interpretar, de relacionar, intelectuales, sensibles, corporales, estéticos, religiosos, su concepción de la sociedad y del hombre que de ese modo la integra dentro del marco de su programa político más general: producto de una sociedad colonialista, la etnología también lo será, no por decisión consciente y voluntaria de los etnólogos, sino porque, incluso a despecho de lo que el etnólogo crea y se proponga, ella participa, como producto social, de las más profundas estructuras simbólicas de esa sociedad a través de las cuales ella realiza y expresa su función fundamental (*ibid.*, pp. 38-39).

El antropólogo francés también era denostado por desconocer al Tercer Mundo “que tan triste destino ha tenido hasta ahora en las fauces de la ciencia occidental” (*ibid.*: 45), por ser funcional al éxito de las cuñas neocoloniales y porque su aparato conceptual “no puede proporcionar categorías para pensar ninguna revolución” (*ibid.*: 45). Todo lo explicaba al decir que “para L. S. los modelos de racionalidad revolucionaria que el cientificismo nos ofrece alternativamente son tan irracionales como cualquier rebelión primitiva: son un desorden, una ruptura de la racionalidad más violenta o más profunda que los acontecimientos ordinarios” (*ibid.*: 46). Tras calificar al antropólogo francés de “colonizador de pueblos ‘salvajes’” (*ibid.*: 46) con el arma de la ciencia, lo consideraba portador de “una propuesta de reforma utópica y de ejercicio eficaz de la actitud científica que se ha descrito, en un programa agresivamente etnocéntrico: la ciencia occidental, el presente occidental: no hay otra cosa, el resto es irracionalidad” (*ibid.*: 49). Sin embargo, en definitiva, para Podetti el estructuralismo postulaba “una lógica del equilibrio, un movimiento inmóvil, una nueva demostración de la irracionalidad del cambio: esto es la antropología estructural vista desde la perentoria realidad del Tercer Mundo” (*ibid.*: 49).

El marxismo tampoco quedaba indemne después de los cuestionamientos porque si bien constituía una fuente inspiradora para muchos de estos científicos

sociales, en última instancia no dejaba de representar al cientificismo universalista que consideraban dominante. El marxismo implicaba además una barrera para analizar y operar sobre esas realidades nacionales. A ello se agregaba el cuestionamiento sistemático de los partidos políticos que se apoyaban en esa teoría por haberse enfrentado a los intereses del pueblo, como parecían confirmarlo las variantes marxistas vernáculas que “no habían entendido” al peronismo. En el caso de Alcira Argumedo, el marxismo era confrontado con un nacionalismo revolucionario que constituiría una instancia superadora. De ese modo, la perspectiva política de liberación debía incorporar aportes del marxismo para estar en condiciones de formular una síntesis revolucionaria en el Tercer Mundo. Por ende, planteaba una polémica con el marxismo tradicional que partiera de la puesta en discusión de “sus manifestaciones políticas concretas –de su materialización histórica actual en sus diferentes expresiones a nivel nacional e internacional– para llegar en un momento posterior a las formulaciones de principio, a la concepción del mundo” (1969: 95). Posición similar adoptaba Roberto Carri, para quien las leyes históricas del capitalismo “no son válidas para explicar la etapa del imperialismo y mucho menos para establecer el movimiento de los pueblos del Tercer Mundo” (1969: 98). De un modo similar, Juan Pablo Franco cuestionaba el marxismo a causa de su vocación universalizante nacida por fuera del Tercer Mundo. De esta manera, equiparaba la “sociología crítica” (el marxismo) con la “sociología académica” (el estructural-funcionalismo), dado que ambos serían favorables a la aceptación de “elementos científicos universales y postulan solamente la crítica a una utilización ideológica que tergiversa esos principios universales del método científico. En última instancia dejan incuestionada a la ‘ciencia’, al método científico, a la realidad institucional y cultural heredada, a ese producto histórico que es la sociología” (Franco, 1970: 120). El mismo sociólogo señalaba que seguir estas corrientes implicaba reproducir la “escisión entre ‘ciencia’ y ‘sociedad’, entre ‘razón’ y ‘práctica social de los pueblos’” (*ibid.*: 120). Al cuestionar esta “concepción pasiva del conocimiento” (*ibid.*: 120) que no llega a plantear una “actividad práctico-crítica de transformación de la sociedad” (*ibid.*: 120), Franco insistía, como otros autores de la época, en la omnipresencia del fenómeno del imperialismo como eje central de cualquier análisis de la realidad nacional. Frente a la necesidad de luchar contra ese imperialismo y “sus agentes nativos, no podemos sino afirmar que es desde el peronismo como avanzaremos en la profundización de un pensamiento nacional que desnude la verdad de nuestra sociedad en tanto intenta recrear otra de signo distinto” (*ibid.*: 125).

En las distintas variantes del antiperonismo es donde se solía encontrar a esos agentes nativos del imperialismo. Sobre ellos se hacía pesar ese antagonismo fundamental en torno al cual la revolución nacional solo se volvía posible

en caso de acceder al cuerpo teórico vehiculado por el pensamiento de las clases populares en sus luchas políticas. Entonces, al rechazar la utilización del marxismo como canon teórico universal, Franco abogaba por encontrar, como señalaba que lo había hecho el grupo FORJA, las “categorías fundamentales de definición antiimperialista” (*ibid.*: 130), que en ese caso “tenían el sello de lo auténtico” (*ibid.*: 131). Por consiguiente, ante la preocupación por la importación de ideas y categorías de pensamiento, el mismo autor proponía que “el análisis de los elementos interpretativos de la realidad formulados por el peronismo demuestra la presencia de categorías que se han convertido en la práctica real de la clase trabajadora y los sectores populares en un instrumento orientador eficaz” (*ibid.*: 131). Y lo fundamental es que “en todos los casos se trata de concepciones que encuentran en las masas trabajadoras su criterio de verdad” (*ibid.*: 131), de las cuales ciertos documentos de la Resistencia Peronista, como las declaraciones del Congreso de Huerta Grande o los postulados fundacionales de la CGT de los Argentinos, constituyen –según este enfoque– pruebas elocuentes. De ese modo la doctrina peronista, aunque haya podido abreviar de fuentes de reflexión externas, obtenía la garantía de su calidad revolucionaria al concretar una síntesis doctrinaria que era el fruto del “contacto con las masas trabajadoras y se convierte en causa de la lucha de estas” (*ibid.*: 132). Por ello es que Franco consideraba que las ideas de los partidos políticos de izquierda, por su carácter abstracto, carecen de contenidos revolucionarios porque no fueron adoptadas por las masas que, en su práctica concreta y dinámica, adhieren a categorías básicas tales como justicia social, soberanía política e independencia económica, que como banderas doctrinarias del peronismo conducen indefectiblemente hacia el *socialismo nacional*. Como consecuencia, destacaba el proceso que en la Cuba posrevolucionaria sufrió la sociología, que fue expulsada como ciencia burguesa y luego debió ser recuperada ante la necesidad de proporcionar conocimiento para las tareas de organización nacional con el pueblo en el poder. En principio se la utilizó como instrumento de investigación dependiente de los centros políticos estatales y luego sí para propiciar estudios teórico-empíricos.

Un discurso tan radicalizado y alineado con el peronismo como el de Carri, el de Cárdenas o el de Franco era el de Enrique Pecoraro, quien en el artículo de *ATM* “La sociología nacional, las sociologías y la sociología” consideraba derrotado al par “reformismo-cientificismo” frente al pensamiento nacional, cuyas raíces encontraba en Scalabrini Ortiz, Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui. Para ese triunfo consideraba vital la tarea desarrollada por las *cátedras nacionales* en su objetivo de “NACIONALIZACIÓN MENTAL Y DEGORILIZACIÓN POLÍTICA del estudiante” (Pecoraro, 1969, pp. 75-76). En la misma línea, cargaba contra la sociología que:

se nos presenta vestida de universalidad y objetividad, cualidades etéreas que solo le pertenecen a ellas, pero en realidad sabemos que eso es tan solo lo aparente, lo real es que manifiestan la dominación y expansión del imperialismo norteamericano a nivel mundial ante el sentimiento de la URSS, su imperialismo acompañante, en la fiesta de la COEXISTENCIA PACÍFICA (*ibid.*: 81).

Así, detectaba coartadas discursivas que no serían otras que la *neutralidad valorativa* y la *objetividad* convertidas “en el máximo valor científico para la ‘élite científica’ que establece no solo los límites de las investigaciones sino que suministra y controla los recursos, *medios* creados y necesarios para la sociología actual” (*ibid.*: 82). Por ello, la única opción posible para un *intelectual comprometido* consistía en concretar la “revolución peronista” y reivindicar a sus hombres y al líder en las luchas “cada vez más organizadas y violentas” (*ibid.*: 85). De todos modos, este sociólogo consideraba que “tomar al anticientificismo como característica o eje fundamental para hacer el corte entre las sociologías es un intento de mantener a las mismas dentro del ‘campo científico’ y por consecuencia lógica aparece como una contraindicación, cuya significación no es otra que la de un pensamiento distinto” (*ibid.*: 76). Entonces, Pecoraro renunciaba a manejarse dentro de los límites de la disciplina sociológica porque por un lado eso implicaría el reconocimiento de una ciencia social “como ciencia pura y autónoma, independiente de los proyectos políticos autónomos que *luchan por definir la realidad* y hace aparecer esta lucha como una lucha entre escuelas” (*ibid.*: 76) y por el otro no se consideraría de manera privilegiada “la práctica social del pueblo, enmarcada por su proyecto histórico de liberación, el cual incluye a la misma tarea sociológica. Esto quiere decir que la S/NACIONAL es tal en la medida en que sus problemas, temas, metodología, etc., sean impuestos por las necesidades de la liberación y no desde su propio campo específico” (*ibid.*: 76). Como consecuencia, todo giraba en torno al fundamento político de la *sociología nacional*, que además de proponer la aniquilación del capitalismo y la instauración del socialismo nacional debía estar “al servicio de los problemas sustantivos y centrales de los hombres, de sus relaciones y del cambio de un sistema social por otro, específicamente el de nuestro país” (*ibid.*: 77).

EL CIENTIFICISMO, LA FUNDACIÓN FORD Y EL PROYECTO MARGINALIDAD

En la década de 1960 la problemática del financiamiento de las fundaciones extranjeras constituyó uno de los tópicos salientes en los debates de las ciencias sociales argentinas, además de un aspecto fundamental en la configuración de la noción nativa de científicismo. La financiación externa de la investigación científica —y en particular de las fundaciones filantrópicas norteamericanas— dio

origen a extensos debates y sembró fuertes antagonismos en torno a problemáticas tales como el imperialismo cultural, la dependencia económica, las políticas de investigación o incluso –lisa y llanamente– el espionaje de los servicios secretos norteamericanos. El accionar de las organizaciones filantrópicas en América Latina durante las décadas de 1960 y 1970 fue encuadrado mayormente –en el imaginario crítico de los intelectuales– dentro de los proyectos del imperialismo norteamericano, embarcado en una lucha sin cuartel contra la “amenaza comunista” durante la Guerra Fría. Después de la Segunda Guerra Mundial el enfrentamiento entre los bloques políticos liderados por los Estados Unidos y la Unión Soviética derivó en una política exterior planificada por parte de ambos países que, en mayor o menor medida y con mayor o menor penetración, pretendían lograr una poderosa influencia (en lo político, en lo cultural) sobre extensas áreas del mundo. Latinoamérica fue un escenario privilegiado de esos combates ideológicos, sobre todo a partir de la Revolución Cubana triunfante en 1959 y su posterior adhesión al bloque soviético. Uno de los tantos proyectos que los gobiernos norteamericanos montaron para influir de manera directa en el continente latinoamericano fue la Alianza para el Progreso, un programa de ayuda económica y social implementado desde 1961 durante la administración Kennedy. Como señalan Neiburg y Plotkin, durante la Guerra Fría los Estados Unidos buscaban “formar elites latinoamericanas que les fueran si no totalmente leales, al menos receptivas. Estas tenían que ser eminentemente técnicas, para poder hacerse cargo de los problemas inherentes al ‘desarrollo económico’” (Neiburg y Plotkin, 2004b: 234). De cualquier manera, ninguna acción encarrada por organismos oficiales norteamericanos resultó tan polémica como el Plan Camelot, que fue denunciado en Chile por el sociólogo noruego Johan Galtung y que derivó en un escándalo internacional (Horowitz, 1967; Galtung, 1968; Herman, 1995, 1998). El Camelot era un plan de investigación “científica” financiado por el Ministerio de Defensa y la marina de los Estados Unidos y destinado a la contrainsurgencia en América Latina.

En medio de estos antecedentes, la aparición de las fundaciones filantrópicas norteamericanas en el contexto latinoamericano no pudo ser desligada de las políticas –públicas y secretas– del *imperio*. En el caso concreto de la Fundación Ford, comenzó a otorgar subvenciones en América Latina a partir de 1960 y tuvo a la Argentina (además de a Brasil y Chile) como uno de sus principales destinatarios en el continente. En poco tiempo esta institución se transformó, al menos por lo que indican los testimonios y los textos referidos a la época, en el principal blanco de los ataques y sospechas que por añadidura alcanzaron a instituciones, proyectos académicos e investigadores que aceptaron públicamente sus fondos. El tipo de subsidios que la Fundación Ford entregó en el subcontinente giró sistemáticamente en torno al apoyo de la investigación científica, el desarrollo

tecnológico y la formación de recursos humanos en el exterior. Tres de los símbolos del proceso de modernización cultural y científica de la Argentina formaron parte desde el primer año de las nóminas de beneficiarios de la FF: el Departamento de Sociología de la UBA, el CONICET y la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, también de la UBA. Aunque la Fundación Ford no era la única en su tipo que operaba en la Argentina, sí ha sido la de mayor presencia pública en el campo de las ciencias sociales en América Latina en el período analizado.¹⁷ De hecho, el accionar sistemático de estos organismos filantrópicos en Latinoamérica ya había llevado en la década de 1960 a que diversos autores formularan distintos cuestionamientos sobre sus implicancias en el campo científico. Uno de los más relevantes y asiduos críticos en esos debates sobre problemáticas de ciencia y sociedad fue sin duda el matemático Oscar Varsavsky, quien a fines de esa década cuestionó el “espíritu empresarial” que fueron adoptando progresivamente las universidades. En sus cuestionamientos a las “élites científicas” que son funcionales a este tipo de concepción de la ciencia Varsavsky también apuntaba a los criterios de eficiencia que se estaban imponiendo en un campo científico latinoamericano en el que no resulta extraño que el hombre de ciencia se desvele buscando “subsidios, contratos y prestigio y se deje dominar por la necesidad de vender sus productos en un mercado cuyas normas es peligroso cuestionar” (*ibid.*: 119).

Una investigación financiada por la Fundación Ford, denominada Proyecto Marginalidad,¹⁸ se constituyó en otro asunto de enorme polémica internacional y revivió, como quizá ninguna otra, los fantasmas del Camelot. Aunque no se plasmó dentro de la estructura universitaria, sí impactó directamente en todo el campo intelectual, en las ciencias sociales y, por supuesto, en la vida universitaria nacional. En el marco del Instituto Torcuato Di Tella (ITDT), este proyecto estaba a cargo de José Nun, secundado por Miguel Murmis y Juan Carlos Marín, y tenía como objetivo estudiar la problemática del desempleo estructural y la pobreza urbana y rural en América Latina. También desempeñaban funciones de investigadores asistentes Ernesto Laclau, Néstor D’Alessio, Marcelo Nowerstern y Beba Balvé. Esta investigación se gestó originalmente en el marco del Instituto Latinoamericano de Planificación Económico y Social (ILPES), organismo nacido en el marco de la CEPAL bajo el estímulo de Raúl Prebisch. También formaba parte de ese proyecto el Centro de Desarrollo Económico Social para América Latina (DESAL), un instituto de investigación católico que recibía aportes regulares de la Fundación Ford y en el que resaltaba la figura del sacerdote jesuita Roger

¹⁷ Otra de las “Big Three” (Rockefeller, Ford y Carnegie) que operó activamente en la Argentina por aquellos años fue la Fundación Rockefeller.

¹⁸ El subsidio que entregó la Fundación Ford ascendió a 194 mil dólares y se denominó, de acuerdo con los registros de esa fundación, “Estudio de poblaciones marginales”.

Vekemans.¹⁹ Los conflictos generados en estas instituciones por la decisión de los investigadores de adoptar un marco teórico marxista y reclamar plena independencia en los criterios de investigación llevaron a que el proyecto se radicara en el ITDT, bajo la asesoría permanente de los renombrados investigadores Eric Hobsbawn, Alain Touraine y Michael Apter.

El punto más álgido en torno de este proyecto –y seguramente de la problemática del financiamiento de las fundaciones extranjeras– se dio a partir de un artículo publicado en el semanario uruguayo *Marcha*, ícono sumamente representativo de la izquierda continental de la época. Aquel escrito firmado por el biólogo argentino Daniel Goldstein y titulado “El proyecto Marginalidad. Sociólogos argentinos aceitan el engranaje”, publicado el 10 de enero de 1969, consolidó esa *lógica acusatoria* (Guber, 2006) que tiñó los alcances de la investigación al ligarla directamente con formas indirectas de espionaje. En aquella nota Goldstein había escrito durísimas líneas contra el proyecto, al que había rotulado como una variante del “espionaje sociológico”. Además de definir como “cuestionario policial” las encuestas planificadas incluidas en él este autor señalaba que ni el Pentágono ni la CIA habían tenido necesidad de sostenerlo directamente, dado que “lo único que hacen es financiarlo –a través de la Fundación Ford– y, por supuesto, aprovechar sus resultados”. Goldstein enmarcaba esta investigación dentro los intentos imperiales de frenar “la rebelión negra y la guerrilla latinoamericana” para evitar “el descalabro total del sistema. Conscientes de que la lucha se dará en el continente americano los norteamericanos necesitan desesperadamente conocer a su enemigo. El tipo de guerra que utilizan contra los negros y los latinoamericanos requiere información ideológica y social acerca del enemigo, en cada instante”. En esta prédica antiimperialista Goldstein afirmaba que la Fundación Ford:

pasó a ser la agencia oficiosa del gobierno de los Estados Unidos para resolver el problema insurreccional en las ciudades yanquis. Su política consistió en financiar al movimiento negro y aislar progresivamente a los grupos militares, subvencionar investigaciones sociológicas y proyectos de acción social en los ghettos y tratar de formular políticas reformistas de urgencia para impedir nuevos estallidos.

Afirmaba entonces, en sintonía con muchas posiciones contemporáneas (Roelofs, 2007; Arnové y Pinede, 2007), que el involucramiento de la Fundación Ford en causas “progresistas” apuntaba sencillamente a “obtener un ‘enfriamiento’ de las

¹⁹ Nacido en Bélgica en 1927, a fines de la década de 1950 Vekemans llegó a Chile, país en el que desarrolló una extendida labor de creación institucional en el campo de las ciencias sociales, como en el caso de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica, en donde predominaban los enfoques ligados a la filosofía social y la doctrina social de la Iglesia católica (Garretón, 2005).

condiciones propicias a la rebelión y neutralizar el movimiento revolucionario negro”. Y en la misma línea aseveraba que:

la Fundación Ford es en la actualidad un organismo paragubernamental destinado a formular la táctica de contrainsurgencia civil para las dos Américas. La Fundación Ford se ha convertido, en realidad, en una nueva agencia de inteligencia dedicada a los problemas sociales de los pueblos neocoloniales, con la misión de coleccionar información y proponer líneas de acción contrarrevolucionaria.

Y aunque admitía que el Proyecto Marginalidad podía considerarse “científicamente irreprochable”, no dejaba de condenarlo por la ilegitimidad de su origen (financiamiento) y por el destino —considerado evidente— de sus resultados: “ofrecer al poder político la información necesaria para poder emprender reformas superficiales que, sin arañar siquiera la estructura de explotación, sin modificar las relaciones de poder, puedan evitar eclosiones violentas de rebeldía”.²⁰ Finalmente, concluía asegurando que “los científicos sociales no deben participar en investigaciones auspiciadas o subvencionadas por organizaciones que pueden ejercer presión e influir sobre los hombres como objeto de estudio. Los científicos sociales no deben aceptar colaborar con el enemigo”. La respuesta inmediata de Nun —cuyos argumentos no se analizan en este artículo—²¹ no acalló la polémica, dado que otro grupo de intelectuales también intervino en el debate que se había gestado. Bajo el título “Sociología e imperialismo” Ismael Viñas encabezó una carta colectiva (que también firmaron Hugo Rapoport, Eduardo Menéndez, Carlos Bastianes, Daniel Hopen y Santos Colabella, entre otros) en la que se insistía en el papel de “instrumentos del imperialismo en nuestros países” que cumplen instituciones como la Fundación Ford, el ITDT, la CEPAL, el ILPES y el DESAL y se consideraban una verdad probada los vínculos directos entre las organizaciones filantrópicas y el gobierno norteamericano, junto con el interés concreto del poder imperial por investigaciones como la objeto de debate. Y aunque se admitía la posibilidad de que arrojará “resultados útiles para la izquierda” se aseguraba que “una investigación semejante podría haberse realizado igualmente sin depender de fondos del imperialismo y sin necesidad de poner a disposición de este semejante tipo de datos. Claro está, eso exige trabajar en

²⁰ En contrapartida, Goldstein abogaba por una práctica científica revolucionaria que desechara trabajar con “encuestas destinadas a ayudar al enemigo”. El científico revolucionario debería, en cambio, contribuir “en la práctica a demostrar la mentira, a romper con el ‘sentido común prefabricado’”.

²¹ Se realizó un análisis pormenorizado de esta polémica y de la investigación del Proyecto Marginalidad en otro trabajo (Gil, 2011).

condiciones más precarias, seguramente sin recibir ninguna paga por ello”. Estas afirmaciones coinciden con los planteos de Oscar Varsavsky, quien en la misma época había planteado la necesidad de desarrollar una *ciencia pobre*, llevada adelante por *científicos rebeldes* que deberían “montar entonces una organización en equipo que permita elegir primero los problemas para reorganizarse sobre la marcha, a la luz de sus éxitos y fracasos, y sobre todo de la situación social y sus perspectivas” (1969: 150). Los autores de esta carta concluían diciendo que “trabajar en este tipo de investigaciones corrompe inevitablemente al intelectual que participa en ellas” y acusaban a Nun de ser un “instrumento de corrupción”.

CONCLUSIONES

Todas las formas de crítica política de los trabajos científicos que permiten a productores científicos desfasados darse y dar —a sus semejantes— la ilusión de superar aquello que los supera: el estado del marxismo histórico —tal como se lo observa en la realidad de los usos sociales que se hacen de él— no podrían comprenderse si no se llegase a ver que a menudo tienen, con todas las referencias al “pueblo” y a lo “popular”, esta función de último recurso que les permite a los más desprovistos científicamente instaurarse como jueces políticos de los jueces científicos.

PIERRE BOURDIEU, *Homo academicus*

El modo en que los científicos sociales manejaron el rótulo de científicismo ha resultado sumamente fructífero para comprender —al menos parcialmente— los debates centrales en el desarrollo de las ciencias sociales argentinas en las décadas de 1960 y 1970. Los usos nativos de los que fueron objeto este y otros conceptos permiten acceder no solo a problemáticas propias de los campos disciplinares de las ciencias sociales sino también de otros campos cercanos, como el del arte (Longoni y Mestman, 2008), otras disciplinas científicas y, por supuesto, la historia política de la Argentina. Desde los sectores que se radicalizaron en la década de 1960 y que en gran parte abrazaron la identidad política peronista y un ideario revolucionario centrado en la liberación nacional, el rótulo de científicista implicaba una severa acusación de un profundo contenido moral que movilizaba términos tales como cipayo, pequeñoburgués, liberal, vendepatria y reaccionario. Claramente, estas acusaciones de científicismo remitían a la idea —también de carácter moral— de lo impuro, de lo contaminado con el dinero del imperio y por ello instrumento de corrupción y de opio de los

pueblos. Como ha señalado Douglas, “una persona polucionada está siempre equivocada. Ha desarrollado alguna condición errónea o simplemente cruzado alguna línea que no debería haber sido atravesada y ese desplazamiento implica peligro para alguien” (2000: 114). Esa polución que se proyectaba sobre los acusados indicaba diversos grados de conciencia aunque al final las consecuencias (ser funcional a las cuñas neocoloniales) se percibían como igualmente nocivas. De acuerdo con Douglas, las reglas de polución se diferencian de las reglas morales en que son inequívocas, dado que “la única cuestión material es si un contacto prohibido ha tenido lugar o no” (*ibid.*: 131). Ante semejante contexto la ciencia pobre que preconizaba Varsavsky aparecía entonces como la garantía de esa pureza que debía ser reafirmada en cada investigación, como requisito de un comportamiento honorable. Por ello, los intentos de purificar las avanzadas (explícitas, sutiles, encubiertas) del neocolonialismo estuvieron lejos de convencer a los acusadores y generaron réplicas igualmente encendidas. Un ejemplo de ello es el “baño de pureza” (las condiciones aceptadas por la institución patrocinante) que alegaba el director del Proyecto Marginalidad, que estuvo lejos de llegar a destino e impedir que se consolidaran lecturas que colocaron esa investigación como una continuidad del Plan Camelot.

Es claro que no se está presentando un cuadro monolítico del campo de las ciencias sociales en la época considerada puesto que en ese período también se desarrollaron proyectos de otro tipo –como el mencionado ITDT– que encarnaban otras concepciones de la ciencia más vinculadas con los criterios académicos internacionales. El ITDT, sin duda un gran ícono del proceso de *modernización* cultural en el país, fue concebido como una institución “paraguas”, una institución que pudiera ser independiente de los climas políticos dentro de la universidad y de los cambios de gobierno, lo que quedó muy claro con la intervención de las universidades en 1966. Además, siguió el modelo de las fundaciones filantrópicas norteamericanas, definido por Sigal (1991) como un caso de “patrocinio moderno” –en oposición al “mecenazgo aristocrático”– que asumió, “con una intensidad hasta entonces desconocida en el país, la internacionalización de las ciencias sociales” (Neiburg y Plotkin, 2004b: 241), aunque también se destacó en la promoción de las artes (Oteiza, 1997). El ITDT estaba imbuido por el clima de ideas desarrollista, como también lo estaban otros centros privados y agencias oficiales de su tiempo. En su marco se gestó la *Revista Latinoamericana de Sociología* que, con un comité de redacción integrado por destacados sociólogos,²² seguía los parámetros generales de la sociología científica que se practicaba en el instituto, aunque

²² Entre los miembros del Comité de Redacción se puede mencionar a los brasileños Florestan Fernandes y Luiz Costa Pinto, al español radicado en México José Medina Echavarría, al colombiano Orlando Fals Borda y al suizo Peter Heinz (Del Brutto, 2000).

no desdeñaba los estudios de la disciplina sociológica sobre sí misma; las actitudes políticas de los intelectuales; la estratificación social y las instituciones; el papel de los anticonceptivos y el catolicismo en América Latina; las primeras documentaciones sobre comunicación social; las fuerzas armadas y una cantidad de temas que en muchos casos, de un modo anticipado, trazaban el contorno de las discusiones de los intelectuales en los años sesenta y principios de los setenta (Del Brutto, 2000: 404).

Otro caso que puede mencionarse para ampliar el cuadro y dar cuenta de la heterogeneidad del campo intelectual argentino de la década de 1960 es el del grupo que se nucleó en torno a la publicación *Pasado y Presente* en su primera etapa, entre 1963 y 1965. Gestada en Córdoba y en el marco orgánico del Partido Comunista (PC),²³ esta experiencia intelectual se desarrolló en torno a la obra de Antonio Gramsci, traducida tempranamente en la Argentina. Según palabras de uno de sus protagonistas “*Pasado y Presente* se propuso ser la expresión de un centro de elaboración cultural relativamente autónomo de la estructura partidaria y un punto de convergencia de los intelectuales comunistas con aquellos que provenían de otros sectores de la izquierda argentina” (Aricó, 2005: 89). La obra de Gramsci fue utilizada por esos intelectuales como un intento de “mantener abierta la criticidad de la perspectiva marxista” (*ibid.*: 96) y “escapar del doctrinarismo” (*ibid.*: 96) stalinista con el que caracterizaban al PC y de ese modo utilizar categorías analíticas que permitieran comprender la realidad nacional. Ello era así porque destacaban de la obra de Gramsci “su capacidad de medirse con los hechos de una realidad en proceso de cambio” (*ibid.*: 108) y así “soportar un diálogo productivo con el mundo y la cultura del presente” (*ibid.*: 108) desde un enfoque “laico”, “no ideológico” (*ibid.*) del marxismo.

Lejos de ubicarse en las líneas argumentativas de la sociología nacional O'Donnell (2004) ha rescatado “lo mejor” de las ciencias sociales en el continente de aquella época: la indagación permanente de la “especificidad histórica de sus temas y casos” (*ibid.*: 189), el espíritu crítico hacia los poderes establecidos y —aunque en muchas ocasiones negativamente— su cercanía con la política. En torno a esas tres especificidades O'Donnell identifica tres líneas de debate político en las ciencias sociales de las décadas de 1960 y 1970, en el marco de la constitución de estados burocrático-autoritarios. En la primera línea ubica a “los apologistas de esos estados, quienes en sus versiones relativamente sofisticadas, aunque sin lograr ocultar el sentido de venganza social que sustentaba sus posi-

²³ Sus miembros fueron expulsados del PC a causa de estas actividades intelectuales “autónomas” de los mandatos partidarios.

ciones, argumentaban que esos autoritarismos producirían un indispensable ‘empujón’ hacia el desarrollo, especialmente por medio de aislar a los gobiernos de las demandas populares” (*ibid.*: 192), en la segunda línea coloca a “los que preconizaban un salto revolucionario al socialismo” (*ibid.*: 192) y adherían a la lucha armada de inspiración cubana y en la tercera sitúa a “los que nos volcamos a lo que llamaría un estudio crítico, de inspiración democrática y reformista, de esos autoritarismos” (*ibid.*: 192). Sin embargo, el mismo autor admite que el papel subordinado de las ciencias sociales latinoamericanas como “exportadora de datos casi en crudo e importadora de teorías ya cocinadas refleja, claro está, en el pequeño mundo de las ciencias sociales y de los vínculos entre diversos ambientes académico/universitarios, relaciones asimétricas de poder. No es fácil combatirlos, en parte por esas mismas asimetrías y en parte porque no bastan las declamaciones en contra de ellas (de hecho, a veces las meras declamaciones tienden a acentuar esas relaciones)” (*ibid.*: 189). Todo ese contexto de debates configuró un panorama que podría leerse como un claro impedimento para la conformación de un campo de las ciencias sociales que marchara junto con los estándares internacionales de calidad. Una interpretación en ese sentido fue formulada en la misma época por Eliseo Verón²⁴ que —aunque no condenaba en sí misma la procedencia del dinero para financiar los trabajos— alertaba sobre el papel subalterno que desempeñaban los especialistas locales frente a los extranjeros y sobre la definición de las temáticas acerca de lo que se investigaba. En esa sintonía caracterizaba como necesaria la autonomía científica (no como sinónimo de originalidad) y ponía el acento en la unidad del proceso del trabajo científico, en concreto en si el investigador poseía el control de los elementos intervinientes. Es por eso que planteaba que la sociología nacional no es más que “una ilusión de autonomía; la teoría, la metodología y la investigación pueden estar íntimamente vinculadas con los desarrollos que tienen lugar en el exterior, lo que sin duda ocurrirá si el nivel del investigador es alto y si está al día en cuanto a la información” (Verón, 1970: 186).

En consecuencia, la intervención de aquel anticientificismo militante en el campo de las ciencias sociales se concretó a partir de una propuesta diferente de ciencia que en este caso supeditaba la validez del conocimiento a la concreción de los objetivos revolucionarios.²⁵ En líneas generales todo eso redundó en un conjun-

²⁴ Eliseo Verón tuvo una activa participación en el Centro de Investigaciones Sociales del ITDT, al que llegó a dirigir luego de las gestiones de Gino Germani y Juan Marsal.

²⁵ Algunas de estas objeciones fueron admitidas incluso en un documento autocrítico de los principales referentes de las cátedras nacionales que también fue publicado en *ATM* (AA.VV., 1972). En “De base y con Perón. Un documento autocrítico de las ex-cátedras nacionales”, los firmantes (Justino O’Farrell, Guillermo Gutiérrez, Roberto Carri, Gunnar Olsson, Jorge Carpio, Néstor Momeño, Norberto Wilner, Enrique Pecoraro, Sasa Altaraz, Susana Checa y Marta Neuman) confiesan haber caído en la misma escisión entre teoría y práctica que le cuestionaban a la sociología

to de postulados de dudosa solidez teórica que mezclaban categorías nativas, categorías descriptivas y categorías analíticas y se montaban en cuestionamientos a las tradiciones clásicas, las que fueron vaciadas de contenidos y analizadas casi exclusivamente desde una dimensión ideológica. Sin haber llegado tampoco a desarrollar trabajos empíricos de ninguna clase, los investigadores propusieron una visión estilizada de la participación popular, de la trayectoria de la resistencia peronista y del propio “pueblo” al que sentían representar, pero al que de alguna manera pretendían concientizar para la lucha revolucionaria. Deben sumarse a ello los análisis de la historia y la realidad social argentina que se asentaban en antinomias esquemáticas en las cuales el peronismo (presentado casi sin fisuras) era entronizado como un movimiento de masas revolucionario que contenía, en su asociación con los intereses del pueblo, un conjunto de afirmaciones de una verdad indiscutible.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1972): “De base y con Perón. Un documento autocrítico de las ex-cátedras nacionales”, *Antropología del Tercer Mundo. Revista de Ciencias Sociales*, 4 (10), pp. 27-34.
- Albornoz, Mario y Pablo Kreimer (comps.) (1990), *Ciencia y tecnología: estrategias y políticas de largo plazo*, Buenos Aires, Eudeba.
- Archetti, Eduardo (1997), “The moralities of Argentinian football”, en Signe Howell (ed.), *The Ethnography of Moralities*, Londres, Routledge.
- Archetti, Eduardo (1999), *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, Oxford y Nueva York, Berg.
- Aricó, José M. (2005), *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Armove, Robert y Nadine Pinede (2007), “Revisiting the ‘Big Three’ Foundations”, *Critical Sociology*, 33, pp. 389-425.
- Barletta, A. y M. Lenci (2001):, “Politización de las Ciencias Sociales en Argentina”, *Sociohistórica*, 8, pp. 177-199.
- Barletta, Ana M. y María Cristina Torti (2002), “Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria”, en Pedro Krotsch (org.), *La Universidad cautiva*, La Plata, Al Margen.
- Barnes, B. (1977), *Interests and the Growth of Knowledge*, Londres, Routledge.
- Blanco, Alejandro (2006a), *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

tradicional, dado que asumen que fueron incapaces de “detectar el papel histórico de la clase obrera que para nosotros es sólo la ‘mayoría’ en el peronismo” (*ibid.*: 28), frente a experiencias como el Cordobazo y las acciones de los grupos armados. Así, admitían que en “la utopía de un peronismo sin contradicciones se encuentra nuestra mayor limitación teórica” (*ibid.*: 30).

- (2006b), “Estudio preliminar”, en *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Bloor, David (1976), *Knowledge and Social Imagery*, Londres, Routledge.
- Bourdieu, Pierre (2008), *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Buchbinder, Pablo (2005), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Cárdenas, Gonzalo (1970), “La sociología neocolonialista en Argentina”, en AA.VV., *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- Califa, Juan Sebastián (2010), “Los estudiantes comunistas frente a la reestructuración de la Universidad de Buenos Aires (1955-1958)”, *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral* (en prensa).
- Carri, Roberto (1968), “El formalismo en las ciencias sociales”, *Antropología del Tercer Mundo. Revista de Ciencias Sociales*, 1 (1), pp. 1-6.
- (1970), “Pensamiento nacional y sociología antinacional”, en AA.VV., *op. cit.*
- Cavarozzi, Marcelo (2006), *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*, Buenos Aires, Ariel.
- Del Brutto, Bibiana Apolonia (2000), “La *Revista Latinoamericana de Sociología*: apogeo y caída de un proyecto”, en Horacio González (ed.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Colihue.
- Douglas, Mary (2000), *Purity and Danger. An analysis of concepts of pollution and taboo*, Londres, Routledge.
- Eggers Lan, Conrado (1969), “Ideología, Ciencia y Estrategia”, *Antropología del Tercer Mundo. Revista de Ciencias Sociales*, 1 (2), pp. 8-18.
- Franco, Juan Pablo (1970), “Doctrina de la Liberación y Sociología Crítica”, *Antropología del Tercer Mundo. Revista de Ciencias Sociales*, 2 (6), pp. 119-137.
- Funes, Patricia (2006), *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo.
- Galtung, Johan (1968), “Después del Proyecto *Camelot*”, *Revista Mexicana de Sociología*, 30 (1), pp. 115-141.
- Garretón, Manuel Antonio (2005), “Social sciences and society in Chile: institutionalization, breakdown and rebirth”, *Social Science Information*, 44 (2-3), pp. 359-409.
- Germani, Ana Alejandra (2004), *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus.
- Gil, Gastón Julián (2006), “Ideología, represión e investigación de campo. La carrera de Antropología de Mar del Plata”, *Anuario de Estudios en Antropología Social*, N° 3, Buenos Aires, Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), pp. 53-73.
- (2008), “Una experiencia universitaria ‘frustrada’. Persecución y represión antes del golpe en la Universidad de Mar del Plata”, *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 20/21, pp. 91-119.
- (2009), “La facultad que no fue. Las ciencias sociales en la Universidad de Mar del Plata (1968-1977)”, *Propuesta Educativa*, 31, pp. 81-89.

- (2010a), “Ethnography among ‘experts’: Notes on collaboration and sabotage in the field”, *Qualitative Research* (10 (1)), pp. 49-69.
- (2010b), “Periferia, militancia revolucionaria y transformación de la sociedad. Un estilo antropológico en los sesenta y los setenta en Argentina”, en Gastón Julián Gil (ed.), *Ciencias sociales, universidad y utopía. Militancia y academia en Argentina de los sesenta y los setenta*, Mar del Plata, EUDEM.
- (2011), *Las sombras del Camelot. La Fundación Ford y las ciencias sociales en Argentina de los sesenta* (en prensa).
- Gilman, Claudia (1999), “El intelectual como problema. La eclosión del antiintelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 3, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 73-93.
- Graciano, Osvaldo (2008), *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en Argentina 1918-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Guber, Rosana (2006), “Profetismo y crisis de presencia en el nacimiento de la antropología social porteña”, mimeo.
- (2008), “Antropólogos-ciudadanos (y comprometidos) en Argentina. Las dos caras de la ‘antropología social’ en 1960-70”, *World Anthropologies Network (WAN) Red de Antropologías del Mundo (RAM)*, 3, pp. 67-109.
- y Sergio E. Visacovsky (1998), “Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXI-XXIII, pp. 25-53.
- Gutiérrez, Guillermo (1969), “La idea de la revista *Antropología 3er. Mundo*”, *Antropología del Tercer Mundo. Revista de Ciencias Sociales*, 1 (2), pp. 1-7.
- Héritier, Françoise (2002), *Masculinofemenino. El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel.
- Herman, Ellen (1995), *The Romance of American Psychology. Political Culture in the Age of Experts*, Berkeley, University of California Press.
- (1998), “Project Camelot and the Career of Cold War Psychology”, en Ch. Simpson (ed.), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*, Nueva York, The New Press.
- Horowitz, Irving Louis (2004), “Gino Germani: el espíritu de la práctica sociológica”, en Ana Germani, *op. cit.*
- (ed.) (1967), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship between Social Science and Practical Politics*, Cambridge, The MIT Press.
- Humphrey, Caroline (1997), “Exemplars and rules: aspects of the discourse of moralities in Mongolia”, en Signe Howell (ed.), *The Ethnography of Moralities*, Londres, Routledge.
- Kreimer, Pablo, Hernán Thomas et al. (2004), *Producción y uso social de conocimientos. Estudios de sociología de la ciencia y la tecnología en América Latina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Knorr-Cetina, Karin (2005), *La fabricación del conocimiento*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Kuhn, T. S. (1995), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Lassiter, Luke (2005), "Collaborative Ethnography and Public Anthropology", *Current Anthropology*, 46 (1), pp. 83-106.
- Latour, Bruno y S. Woolgar (1995), *La vida de laboratorio. La construcción de hechos científicos*, Madrid, Alianza.
- Longoni, Ana y Mariano Mestman (2008), *Del Di Tella a "Tucumán Arde". Vanguardia artística y política en el 68 argentino*, Buenos Aires, Eudeba.
- Mantegari, Cristina (1994), "La trayectoria de Oscar Varsavsky y su inserción en la crítica al 'cientificismo'", en Oscar Varsavsky, *Ciencia, política y científicismo*, Buenos Aires, CEAL.
- Merton, Robert K. (2002), *Teoría y estructuras sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Mudrovic, María Eugenia (1997), *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Neiburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.
- Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (2004a), "Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en Argentina", en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (2004b), "Los economistas. El Instituto Torcuato di Tella y las nuevas elites estatales en los sesenta", en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comps.), *op. cit.*
- Noé, Alberto (2005), *Utopía y desencanto. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- O'Donnell, Guillermo (2007), *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Buenos Aires, Prometeo.
- Ollier, María Matilde (2005), *Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966/1973*, Buenos Aires, Eduntref.
- Oteiza, Enrique (ed.) (1992), *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, Buenos Aires, CEAL.
- Oteiza, Enrique (1997), "El cierre de los centros de arte del Instituto Torcuato Di Tella", en AA.VV., *Cultura y política en los años '60*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.
- Pecoraro, Enrique (1970), "La sociología nacional, las sociologías y la sociología", *Antropología del Tercer Mundo. Revista de Ciencias Sociales*, 2 (5), pp. 75-85.
- Podetti, Amelia (1969), "La Antropología Estructural de Lévi-Strauss y el Tercer Mundo", *Antropología del Tercer Mundo. Revista de Ciencias Sociales*, 1 (2), pp. 27-49.
- Price, David H (2008), *Anthropological Intelligence. The Deployment and Neglect of American Anthropology in the Second World War*, Durham y Londres, Duke University Press.
- Pucciarelli, Alfredo (ed.) (1999), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba.
- Roelofs, Joan (2007), "Foundations and Collaboration", *Critical Sociology*, 33, pp. 479-504.

- Rubinich, Lucas (2003), "La modernización cultural y la irrupción de la sociología", en Daniel James (dir.), *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Sarlo, Beatriz (2001), *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Suasnábar, Claudio (2004), *Universidad e intelectuales. Educación y política en Argentina (1955-1976)*, Buenos Aires, FLACSO-Manantial.
- Terán, Oscar (2004), "Ideas e intelectuales en Argentina, 1880-1980", en Oscar Terán (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2006), *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Varsavsky, Oscar (1994), *Ciencia, política y cientificismo*, Buenos Aires, CEAL.
- Verón, Eliseo (1970), "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina", en AA.VV., *op. cit.*
- Vessuri, Hebe (2007), "O inventamos o erramos". *La ciencia como idea-fuerza en América Latina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Wax, Dustin (2008), "Organizing anthropology: Sol Tax and the professionalization of anthropology", en Dustin M. Wax (ed.), *Anthropology at the Dawn of the Cold War*, Londres, Pluto Press.

Artículo recibido el 22 de marzo de 2010.

Aprobado para su publicación el 6 de agosto de 2010.